

De la alcancía al consumismo. Fastos y decadencia de la pedagogía escolar sobre el dinero¹

Antonio Santoni Rugiur²

En este texto se abordan, a partir de la alcancía y del ahorro escolar apprehendidos como modelos educativos, algunas de las profundas transformaciones que acontecieron en las sociedades occidentales a horcajadas de los siglos XIX y XX, unos de cuyos principales impulsores fueron los procesos desencadenados por las revoluciones industriales y los periodos de las posguerras mundiales. Con estos virajes se transformaron, asimismo, los modos de vida, su sentido, el carácter de las instituciones sociales y, en vez del ahorro, poco a poco se terminaría por imponer el consumismo como uno de los modelos educativos privilegiados por los distintos sectores sociales.

Modelos educativos • Alcancía • Ahorro escolar • Consumismo

81

This text starts from the money box and the scholar savings, apprehended as educative models. In some of the profound transformations occurred in the occidental societies astride of the XIX and XX Centuries, one of its inmost impellers were the happenings, challenged by the industrial revolutions, just as the post-war periods. With such turns the ways of life, were transformed, its own sense, within the character of social institutions and,

¹ Traducción de Hilda Ofelia Eslava, docente-investigadora en la División Académica de Educación y Artes de la UJAT y María Esther Aguirre, investigadora de carrera en el IISUE-UNAM.

² Profesor emérito de la Universidad de Florencia; dirigió el Instituto de Pedagogía y del Departamento de Historia en la Universidad de Florencia. Protagonista del movimiento europeo de renovación historiográfica e interlocutor de Jacques Le Goff, Egle Becchi, Mario Manacorda y Remo Fornaca, entre otros. De su vasta producción, entre algunos de sus libros más recientes, puede mencionarse: *I gioielli di Cornelia* (Argo, 1999), *I maschiotti del Duce* (Piero Manni, 2001), *Il buio della libertà. Storia di don Milán* (De Donato-Lerici, 2003), *La pedagogia del consumismo (e del letame)* (Anicia, 2004); *Maestre e maestri. La difficile storia degli insegnanti elementari* (Carocci, 2006). En lengua española han circulado ampliamente las ediciones mexicanas de algunas de sus obras más representativas.

instead of savings, the consumerism, little by little, was imposed by different social sectors as one of the privileged educative models.

Educative models • Money Box • Scholar savings • Consumerism

* * *

Entre los muchos parámetros que en la vida social han cambiado en el curso del tiempo –y también, en algunos casos, se han desvanecido–, en primer lugar se puede colocar el del ahorro.

82 Durante muchos milenios, desde que tenemos memoria histórica, la sociedad civil dividida en sectores o en clases, como se prefiere decir, disponiendo de recursos naturales limitados y sobre todo en tiempos más lejanos, carente de tecnologías adecuadas a la realidad natural para extraer otros recursos, debía dar saltos mortales para vivir con poco. En aquellos milenios la sociedad civil, siempre rígidamente dividida en clases, precisamente porque disponía sólo de recursos naturales limitados (como los frutos espontáneos de la tierra), permaneció incapaz de actuar sobre la naturaleza para adaptarla mejor a las necesidades del hombre y multiplicar los recursos naturales; cuando el mismo hombre adquiere un poco de mayor capacidad en este sentido, continuaba siendo incapaz de volver esos recursos menos costosos para él y, por lo tanto, para un número mayor de personas. Aquella sociedad, como decía, estaba obligada a fundarse sobre la indiscutible ideología y práctica del ahorro, es decir, del comportarse siempre llevando a la práctica todos los medios que permitieran hacer durar y hacer bastar lo más posible lo poco que había. Por supuesto, el primer medio y quizá el más eficaz era psicológico, aquel de ser educados desde el nacimiento a conformarse con ese poco, resignándose a la propia e inmodificable posición social (el pobre nacía y moría pobre; el rico nacía y moría rico) y pensando que muchos otros no tenían ni siquiera aquello. Una excusa inventada, muy eficaz, para hacer sentir menos pobres a los pobres, en comparación con los miserables, que no tenían nada de nada (y no solamente por así decirlo; de hecho, los que morían de hambre eran bastante numerosos, sobre todo en los primeros años de edad). Existía un antiguo proverbio italiano que expresaba muy bien este concepto: “Quien se conforma goza”. Existía también la pequeña historia irónica de quien al final había aprendido, sí, a no comer, pero desgraciadamente al siguiente día había muerto.

Este tipo de conducta, resignada a que lo poco es mejor que nada y a no aspirar a más para no arriesgar lo peor, podía ser ignorada solamente por

el reducido círculo de los grandes ricos que se permitían derrochar su patrimonio en lujosos pasatiempos y vicios de lo más dispendiosos (y después quizá ahorraban, a su modo, al no pagar el salario debido a los dependientes). Los ricos antiguamente eran, sin embargo, una exigua minoría, tal vez menos de 2.3% de la población, no más. Todos los demás podían, justamente, llamarse “proletarios” porque poseían en la propia prole el único recurso seguro, la fuerza de trabajo representada por los brazos de los hijos (he aquí por qué era mejor tener hijos varones). Ahorrar quería decir, antes que nada, limitar las compras (en moneda, en trueque o en servicios) a lo más estricto, más bien a lo estrictísimo necesario y, como quiera, nunca gastar un centésimo más de cuanto pudiera estar garantizado por los ingresos seguros.

También los más sabios, entre los acomodados o los casi ricos, para mantener su muy satisfactorio nivel financiero y no correr el riesgo de caer en la indigencia como los proletarios, debían ahorrar por lo menos un poco. Pero como fruto de la educación había también, quizás más importante, un ahorro psicológico consistente en la modestia de las aspiraciones del comportamiento y, en general, de los proyectos de vida. En fin, era una buena norma fundamental el no “dar nunca el paso más largo que la pierna”, el no arriesgar demasiado, evitando que, a fin de cuentas, por aspirar a una ganancia poco probable de 100 se perdiera también el 10 que se podía ganar con toda certeza. Otro proverbio de la época al respecto —y sabemos cuánta importancia pedagógica tuvieron los proverbios en un tiempo— era: “Quien demasiado quiere, nada toma”.

No hay necesidad de otras explicaciones para concluir que esa educación para el ahorro, en todo y por todo, era exactamente lo contrario de la que prevalece en nuestros días. Si hace tiempo el modelo podía ser, según las palabras de aquel santo que decía: “Buena virtud es desear poco, óptima virtud es renunciar a la mayor parte de aquel poco”, hoy, por el contrario, la virtud civil más apreciada es la del “espíritu de empresa”, es decir, del coraje de la iniciativa. Hoy la figura ideal es la del emprendedor industrial o comercial, quien, haciendo buenos negocios en el momento justo y con los hombres justos, logra enriquecerse y convertirse, por lo tanto, en hombre poderoso. Las capacidades más buscadas son aquéllas de “saber estar en el mercado”, es decir, “saber vender y saber comprar”.

Hace tiempo vi en un parque público a muchos niños y niñas, de unos ocho o diez años, que habían extendido sobre el pasto una tela sobre la cual habían puesto una exposición de bagatelas y juguetes, tales como muñecas, animales de peluche, libros y periodiquitos ilustrados y otros objetos, cada uno con la etiqueta de su precio, con los cuales, evidentemente, ha-

bían jugado en los años anteriores pero que ahora no les interesaban más y los ofrecían en venta a otros niños. Lo que me impresionó más (es decir, lo que más me desconcertó) fue ver a los padres, quienes seguían de cerca la escena a pocos pasos de distancia, estimular a los hijos e hijas para que magnificaran la propia mercancía y, si veían un comprador interesado, le subieran el precio. Uno de estos padres me dijo que a la escuela los niños solamente iban a perder el tiempo, ya que la verdadera escuela era la de la vida: preparar, desde la infancia, a las nuevas generaciones para “estar en el mercado” aprendiendo a vender (¿quizás también a venderse?) al mejor postor, lo cual era señal inequívoca de un nuevo modelo de relación social.

El ahorro había sido durante siglos y siglos un modo de ser, una necesidad y casi un signo de saber estar en el mundo. La Iglesia enseñaba –cada uno, como se dice, jala el agua para su propio molino– que el mejor modo de ahorrar era el de dar sustanciosas limosnas a los pobres, señaladas en las parroquias o, bien, el que los ricos y acomodados dejaran parte de sus propios bienes, si no todos, a las instituciones eclesíásticas. Ciertamente el obrero, el pequeño artesano, el humilde campesino y todo aquel que ganaba, con el sudor de su propia frente apenas el dinero suficiente para el pan diario consideraban el ahorro un concepto abstracto que no les concernía, por la simple razón de que no estaban en condición de ahorrar ni siquiera un centésimo, puesto que su escasa ganancia bastaba a duras penas para no hacer morir de hambre a sí mismo y a la familia (a menudo numerosa, dado que el número de hijos era por lo común inversamente proporcional al nivel económico de los pobres; lo prolífico era otro problema que se añadía a muchos otros de las clases no pudientes).

Aceleramiento de los tiempos

Un primer signo de cambio se advierte en Europa hacia el final del siglo xv con la llegada de las primeras mercancías (nuevas especias y nuevos alimentos) y de metales preciosos (oro, sobre todo) provenientes del nuevo continente americano. Dichas novedades incidirán velozmente para romper los muchos residuos del orden feudal, de la tiranía de las corporaciones de artes y oficios locales, del predominio del “valor de uso” en los objetos producidos y, en general, de una economía “en círculo cerrado”, con pocos cambios y un radio de acción restringido. Se trató, sin embargo, de impulsos innovadores notables para el desarrollo de la burguesía abocada a los negocios y las empresas, pero de modesta o ninguna ventaja para la gran parte de la población, siempre obligada a un estilo de vida pobre,

para la cual el ahorro tenía todavía un sentido preciso: la supervivencia. Un impulso mucho más consistente fue dado después por la primera Revolución Industrial, a horcajadas de los siglos XVIII y XIX, que llevó a la construcción de nuevas vías de comunicación (pensamos en el telégrafo y en el teléfono), ya una realidad después de mediados del siglo XIX (el primer cable telegráfico desde Inglaterra hasta Estados Unidos se instaló antes de 1870), al empleo de medios mucho más veloces para cubrir largas distancias (trenes y barcos de vapor), al aumento de la producción gracias a las humeantes fábricas y a sus maquinarias, como consecuencia de las relaciones más frecuentes y extendidas entre los hombres y de los acrecentados intercambios comerciales, culturales y de todo tipo.

De este modo, nacía la idea del moderno mercado soberano. Con la segunda Revolución Industrial, a finales del XIX y principios del siglo XX, aumentando el nivel de instrucción de los trabajadores en general y mejorando (si bien poco) su retribución, la práctica del ahorro empezó a decaer también en las clases inferiores, comprometidas con una batalla de promoción social, que veían en ello un arma para hacer frente al eterno salir del estado de pobreza. En suma, entre los datos que más claramente pueden dar indicios del profundo cambio que se proyectaba en los modelos culturales, con una velocidad uniformemente acelerada en los siglos más cercanos a nosotros y, como consecuencia, el cambio, también profundo, de los modelos formativos en general, es la transformación y además la rápida decadencia del concepto de ahorro, generador de comportamientos consecuentes con este valor. El símbolo más auténtico del viejo modelo pedagógico ahorrista podemos particularizarlo en la alcancía, que casi todos regalaban a los niños con la finalidad que desde la edad más temprana aprendieran a ahorrar pocos centésimos, los cuales, acumulándose, con el tiempo podrían convertirse en una hermosa cifra. Detrás de estas expectativas se podía percibir la impronta del típico lema del *Self-help*, predicado por el británico Samuel Smiles, que fue muy afortunado en la segunda mitad del siglo XIX: "Ayúdate, que Dios te ayudará". De tal manera, el ahorro, junto con la instrucción y el espíritu de sacrificio, podría permitir también a los pobres gozar algún día de una merecida promoción social y económica.

Sin embargo, al inicio del siglo XX, los impulsos de la primera y la segunda Revolución Industrial que hicieron posible el empleo, a gran escala, de los nuevos recursos energéticos constituidos por la electricidad y por el petróleo no habrían sido suficientes en Europa (en Estados Unidos fueron anunciados por el impetuoso desarrollo productivo de la década de la posguerra 1920-1929) para llevar a cabo un cambio decisivo en las costumbres y, por lo tanto, en los modelos educativos privados y públicos, así

como en el sistema escolar. Sería necesario esperar a la segunda posguerra sucesiva al conflicto mundial, iniciado en 1939 y terminado en 1945 con la caída de Hitler y de la Alemania nazi, para que en el viejo continente se importaran rápidamente los modelos de vida estadounidenses. Una vez superada la gran depresión, que derivó de la caída de la bolsa neoyorquina de Wall Street, siguiendo las indicaciones del economista británico John Maynard Keynes, para quien, al contrario de la idea liberalista entonces dominante de dejar que los hechos económicos siguieran su curso porque al final regresarían por sí mismos en positivo, era necesario y urgente inducir fuertes inversiones públicas para impulsar con nueva fuerza la producción y, por lo tanto, la ocupación de grandes cantidades de personas (en Estados Unidos, por mencionar un ejemplo, los desocupados se contaban por varios millones).

Sólo con este latigazo la economía mundial se habría podido salvar, de otra manera, siguiendo el viejo precepto de evitar intervenciones públicas, la crisis habría sido más larga y profunda, prácticamente en los umbrales de una catástrofe mundial. La audaz medida de Keynes tuvo en Estados Unidos efectos benéficos y la economía de ese país pronto se volvió fuerte y próspera; sin embargo, el modelo keynesiano, que debía servir para superar el receso de los primeros años de la década de los treinta, se convirtió, irreversible e imparable, en el modelo de la sociedad consumista: producir siempre de más, pagar siempre mejor a los trabajadores, hacer aumentar los consumos. A partir de entonces, quedarse anclado en una sola de estas tres fases, estrechamente interconectadas entre sí, crearía difíciles desequilibrios sociales y económicos. De cualquier manera, con el nuevo modelo, el ahorro, que antes era una suprema virtud, se convirtió casi en un vicio despreciable. La tesis de Keynes fue resolutiva no sólo para salir de la *gran depresión*, sino también para dar un nuevo modelo de pensar el desarrollo, aumentando la producción e incrementando, al mismo tiempo, el volumen de los cambios para evitar el *stockaggio*, es decir, la gran cantidad de mercancías almacenadas sin vender.

Pero hacía falta también aumentar sueldos y salarios para que todos los trabajadores gozaran de un margen económico, más allá de la cuota necesaria para la supervivencia para poder dedicarlo a las compras. Todos debían convertirse en consumidores; no obstante, la sociedad consumista de bienes materiales e inmateriales (sobre todo de espectáculos y de otras formas de entretenimiento colectivo) debía aumentar continuamente los niveles de producción y, al mismo tiempo, los niveles de consumo en todos los estratos sociales. Este acoso de aumento continuo ha sido una de las mayores ansiedades que el siglo xx ha transmitido al actual, ansiedad que, en parte, sirve para estimular continuamente el esfuerzo de progresar

en el sentido ilustrado con anterioridad, pero, por otra parte, puede determinar desequilibrios y recesos alarmantes.

Otra fuerte aceleración de la mentalidad consumista, siempre a la caza de un mayor bienestar y de mayores gratificaciones, se tuvo a través del *boom* económico, producido en los primeros años de la década de los sesenta, a partir de un impetuoso desarrollo tecnológico que llevó a muchos a creer que la humanidad, al menos aquélla de los países desarrollados, hubiera alcanzado para siempre una condición estable de prosperidad para todas las clases sociales, cada vez más cercanas entre sí. Pero el *boom* económico duró poco. El desarrollo se detuvo, procedía como corriente alternada y se entendió que no era, ciertamente, un ascenso constante de manera definitiva. En poco tiempo, en otros países, muy lejos de poseer los recursos de Estados Unidos, la lógica del consumismo o de la consecuente sociedad del bienestar fue sometida a una dura prueba por la dificultad de conciliar el desarrollo de la producción con la del aumento de los salarios y, por lo tanto, de los consumos.

De todas maneras, a pesar de la desilusión que siguiera al *boom* económico de la primera mitad de la década de los sesenta, los presupuestos de la sociedad consumista resistieron la crisis. El ahorro, como modelo educativo ideal, estaba muerto y sepultado. Desde entonces, todo aquel que expresara la intención de querer revalorar en alguna medida el ahorro corría el riesgo de atraer sobre sí, en el ámbito de los países occidentales y aun de los que pertenecieron a la URSS, la acusación de retrógrada y enemigo del orden social. Hoy, experimentar nostalgia por el ahorro, sería como sentir añoranza por la lámpara de petróleo o por la peluca del gentilhomme del siglo XVIII.

Quizás alguno, aún en nuestros días, de vez en cuando ahorra, si tiene la posibilidad, para guardar la suma necesaria (por ejemplo: para un viaje o para un par de zapatos que le gustan mucho y que son un poco caros), pero se trata de casos individuales y esporádicos, no de estilos de comportamiento dominantes, como lo fuera en otro tiempo. La regla enseñada, desde las edades más tempranas, ya no es la de ahorrar comoquiera que sea; el ahorro ya no es más un modelo de comportamiento, individual y colectivo, que deba tomar en consideración la economía política o la economía privada. El símbolo de la virtud ahorradora de otro tiempo era la alcancía; el profundo viraje respecto a esos años es atestiguado, concretamente, por el hecho que actualmente en Europa quien quiere comprar una alcancía debe recorrer bastantes tiendas y, si al final la encuentra, puede sentirse afortunado. Seguramente, el vendedor se justificará diciendo: "Ya nadie me la pide y entonces ya no la vendo". Es notable cómo entre los más

jóvenes ya no se sabe ni siquiera qué cosa es una alcancía. Quiere decir que aquel símbolo del ahorro por excelencia resulta obsoleto, reclama el mundo de los abuelos y de los bisabuelos, no ciertamente el de los padres de hijos nacidos en los umbrales del tercer milenio o, directamente, después del inicio del siglo XXI.

Es decir, la alcancía es como la carroza tirada por caballos, la lámpara de gas y otras antiguallas que merecen estar en el museo y que pocos visitan. La alcancía es tan actual como pudiera serlo hoy un velero que atraviesa el océano empleando tres semanas desde Europa hasta América o viceversa, mientras los jet de última generación cubren la misma distancia en pocas horas.

El ahorro —objetan los partidarios del consumismo— es cosa de generaciones pasadas. Hoy proponerlo de nuevo como modelo de comportamiento generalizado sería como pretender destruir todos los aviones y todos los automóviles y regresar a desplazarse con los barcos de vela y con las diligencias tiradas por caballos. Ninguno puede hacer retroceder el tiempo, ni las personas que quisieran rejuvenecer, ni las nostálgicas de los modelos culturales de los hermosos tiempos que se han ido. Cada estación tiene sus frutos y no otros.

¿Qué cosa es la alcancía?

La alcancía, tan difundida en el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, no es un producto que nos trajera la Revolución Industrial. La alcancía existe desde tiempos muy remotos, puesto que podemos admirar ejemplares en cerámica, en oro y en materiales diversos entre los repertorios de las civilizaciones más antiguas. No obstante, la ideología de la alcancía, como símbolo de la pedagogía del ahorro, nace, sin lugar a dudas, con los primeros efectos educativos de la sociedad industrial.

Pero ¿qué cosa es una alcancía? Un contenedor totalmente cerrado y provisto de una sola hendidura que apenas es suficiente para introducir las monedas. Si está hecho como un pequeño recipiente cerrado en cerámica, para abrirlo no hay más que romperlo en pedazos; si, en cambio, está cerrado con una hendidura o un pequeño candado, la llave respectiva por lo común es custodiada por otra persona distinta del poseedor del dinero “salvado”.³ En ambos casos, cuando el “salvador” es un niño o un adolescente, no puede sustraer secretamente todo o una parte de la cantidad aho-

³ En italiano, alcancía se llama *salvadennaio*, es decir, salva-dinero, para salvar el dinero [N.T.].

rada. El dinero está ahí, es suyo, pero no puede disponer de él. En consecuencia, al joven ahorrador no le queda más que hacer planes (más o menos realistamente) sobre lo que hará con la suma “salvada” cuando pueda disponer de ella. Y esto parece ser un moderno y eficazísimo estímulo formativo.

No nos asombrará que las primeras cajas de ahorro escolar (es decir, una especie de alcancía colectiva para los alumnos) hayan surgido a finales del siglo XVIII en los barrios manufactureros de Londres, pocos años después de la institución de las primeras cajas de ahorro (*saving-banks*) y bancas populares o de descuento, en las cuales los pequeños y medianos emprendedores y propietarios, agricultores, comerciantes, expedicionarios y demás, podían depositar sus ahorros y hacerlos fructificar en una medida razonable, más allá de usufructuar los servicios asistenciales –sin excluir las iniciativas educativas– directa o indirectamente promovidos por las nuevas instituciones de crédito. Las tradicionales grandes bancas, que a partir de la Edad Media no habían experimentado relevantes transformaciones, continuaban prosperando como rentables cajas fuertes para el patrimonio de la aristocracia terrateniente, de los armadores y, en algunas zonas, de los afortunados pioneros de la gran industria y similares, pero permanecían firmes en los viejos principios de la cauta administración que restringía el crédito a una clientela seleccionada, solvente en sólido, contante y sonante, e ignoraba las necesidades y las aspiraciones de la nueva media y pequeña burguesía empresarial. Esto es, desconocía la lógica del difundido “depósito y préstamo”, ignoraba el ahorro fructífero. Mas el impulso de la nueva clase era fuerte, de modo que las grandes bancas vieron nacer a su lado –a veces con hostilidad, a veces con complacencia– redes crediticias abiertas también a la categoría de pequeños productores, no por cierto al proletariado más pobre, el cual, si bien no tenía para ahorrar ni siquiera el aliento, lograba vivir con algún margen. Se trataba, pues, de un heterogéneo sector social emergente que el primer despertar de la industria y del sector terciario había generado en los nuevos polos manufactureros, en rapidísimo crecimiento, y en el campo, donde se trataba de resistir al impulso del urbanismo por todos los medios al alcance.

89

Establecimiento de la práctica del ahorro escolar

La difusión de estas nuevas propuestas de crédito “popular” en el siglo XIX resultó ser un signo muy importante también desde el punto de vista sociológico y educativo. No por casualidad Monaldo Leopardi vociferó contra las

iniciativas de este género, clasificándolas de “astutas y diabólicas invenciones” porque, como la instrucción elemental para todos, llenaban de grillos la cabeza de quien no podía permitírselas. En realidad, detrás de toda iniciativa de este tipo puede leerse un claro bosquejo de pedagogía social muy novedosa: el ahorro redituable se ofrece, en la nueva mentalidad burguesa, como modelo primario no solamente por su valor moral, sino también por su utilidad práctica. Al seguir ahorrando, en efecto, se llegaría en el mañana a disponer de un poderoso instrumento para conquistar, para sí y para los propios, una condición mejor, quizás envidiable. Más allá de todo, la orientación temprana hacia proyectos individuales de ascenso social fue vista como un medio eficaz para resguardar al pequeño productor de los altibajos de las ligas y asociaciones propias de cada sector y, en general, del unionismo de tipo obrero. No debe asombrarnos, entonces, que el ahorro entre directamente en el repertorio de los recursos ideales predicados con gran éxito en ese tiempo por la pedagogía del *self-help*, de Samuel Smiles, que ya mencionamos. En todo caso, el ahorrador también debía educarse. He aquí la particular oportunidad pedagógico-didáctica de las cajas de ahorro escolares. Y así, con base en el principio de que “la moral se enseña mejor a los niños con hechos que con palabras”, nada es más útil para conducir a los pequeños a practicar el ahorro desde la primera escolarización.

90

En Italia, la primera caja de ahorro escolar se registra en Verona en 1844, a la que le siguen, aproximadamente veinte años después las primeras cajas de ahorro propiamente dichas, fundadas en Venecia y luego en Milán, Florencia, Pisa y así sucesivamente. Su difusión no fue, sin embargo, ni rápida ni fácil. Las objeciones eran, sobre todo, dos: primero, la exhortación al ahorro habría discriminado a los jóvenes de las clases más pobres y, segundo, el principio de acumular intereses sobre las sumas depositadas no era educativo, porque la virtud se practica por sí misma, no por las ventajas materiales que de ello pudieran derivar. Es más, tanto más vale ésta cuanto más equivale a sacrificio; de otra manera, sólo es “caridad interesada”. Las objeciones en contra insistían en el hecho de que precisamente los más pobres, sufriendo la momentánea exclusión de las ventajas del ahorro, habrían apreciado más que los otros su importancia y aceptarían todo esfuerzo con tal de convertirse en partícipes de este beneficio. Además, se argumentaba, el sacrificio no era ajeno al acto del ahorro; por el contrario, se exaltaba. El ahorro escolar parece ser que también desenvolvería una relevante labor de mejoramiento social, porque incidiría en la tarea de limpiar los alrededores de las escuelas, quioscos, tiendas y casuchas diversas que vendían alimentos, refrescos y golosinas de dudosa legitimidad, y cosas mucho peores, debido a que los muchachos guardaban

el dinero en la caja escolar y, de este modo, ya no lo tenían para gastarlo fuera de la escuela.

Pero, sobre todo, el ahorro de los adultos impedía que éstos se relajaran desenfrenadamente en las hosterías. Las hosterías son vistas por los educadores y moralistas del siglo XIX como receptáculos de todo vicio y disipación. Existe una unanimidad sorprendente en torno a esta representación, aun por parte de autores que, por lo demás, son muy contrastantes. “Si la educación construye por diez, la hostería destruye por cien”, era más o menos el lema triunfante. Y he aquí que todos los textos escolares y no escolares pintaban la hostería como una funesta tentación. *Giannetto*, el protagonista del más famoso libro de lectura italiano para los muchachos y para el pueblo durante todo el siglo XIX (hasta que estalla la Primera Guerra Mundial, había alcanzado las ciento veinte ediciones), de dependiente se vuelve poco a poco rico comerciante y después rico industrial y financiero; incluso gracias a su frugalidad “siempre he escuchado decir que el vivir frugal es salud, ahorro y virtud. Donde no desperdiciaré jamás una moneda es en la taberna. Soy capaz de resistir al esfuerzo del trabajo más que nuestro más modesto cargador, quien, para volverse más fuerte, como él dice, se emborracha cada domingo”. En cambio, con viandas limitadas a “pan y sopa, polenta y legumbres y carne solamente los domingos”, *Gianetto* da los primeros pasos hacia la riqueza. Pero ¿con qué propósito? No ciertamente para “dilapidar el dinero en comidas, carruajes, caballos, en varios lujos y servidumbre ociosa o en alegrías desquiciadas”, por favor, sino para sostener a la numerosa familia que se quedó en el pueblo y, después, rico sin fondo, cuidar sólo el bienestar moral y material del pueblo.

91

Cesare Cantú, gran rival del autor de *Gianetto*, uno de los principales exponentes de la literatura de educación popular católica italiana del siglo XIX, en sus numerosas obras edificantes prefiere no usar ni siquiera el término *ahorro*, sino insistir sobre la moderación (un poco resignada) de las costumbres: “La cocina pequeña, hace grande la casa”; “quien caza dos liebres, una la toma y otra la deja”; “quien tiene poca tela lleve la ropa corta”, y así sucesivamente, hasta recordar a san Francisco de Sales con su “deseo poco y lo poco que deseo, lo deseo poco”. Al contrario de los predicadores de la movilidad social, de cuño anglosajón, Cantú recomienda siempre no dar el paso más largo que las piernas: “Mejor atrás, seguros, que demasiado adelante, expuestos a graves peligros”, y así sucesivamente; por lo demás, había que confiarse siempre a la Providencia.

Sin embargo, las resistencias de los católicos más conservadores no duraron mucho tiempo. Con un retraso de casi un siglo respecto a las prime-

ras iniciativas de los círculos puritanos y masónicos, también muchos católicos se movieron: Lambruschini en apoyo de la política de los georgófilos y de Viesseux; poco después se pronuncian a favor de las primeras cajas de ahorro Raiffeisen y de las bancas populares católicas, sobre todo en el campo, arguyendo una base de solidaridad. Es precisamente, con la etiqueta de la solidaridad social, como se cancela la antigua condena moral hacia cualquier maniobra de dinero y hacia el interés simple y compuesto. El evidente compromiso con lo social, que la Iglesia mostró en Italia después de 1870, favoreció mucho el abandono de las antiguas desconfianzas. Hacia finales del siglo XIX y los primeros años del XX, no era extraño encontrar educadores católicos, y quizá hasta algunos párrocos, que mostraran las ventajas de las cajas mutuas rurales y otras semejantes y que propagaran sus iniciativas asistenciales y educativas. Naturalmente, antes venían los deberes de caridad, sobre todo hacia los pobres (“una moneda que se da al pobre equivale a un millón para el Señor”), sobre todo si, sintiéndose “avergonzados” por la prosperidad perdida, después llegaban a sostener directamente la institución de educandos y de escuelas. Por ejemplo, se puede mencionar el Instituto de San Pablo, que sale de su plurisecular tradición como confraternidad benefactora y piadosa, recuperándose de la doble laicización (primero napoleónica-después cavouriana), para llegar, a finales del siglo XIX, a instituir un centro educativo y, posteriormente, algunas escuelas femeninas, con los fondos del propio Monte de Piedad.

Ésta era, sobre todo, la diferencia: las iniciativas de tipo laico tendían principalmente a educar en el ahorro personal, para metas individuales de acuerdo con proyectos personales y realizaciones (no por casualidad, uno de los temas más frecuentemente citados era “cada quien construye su propia fortuna” —*unusquisque faber fortuna suae*—, mientras que las iniciativas católicas encaminaban al ahorrador a depositar en instituciones crediticias que actuarían conforme al nuevo compromiso social de la Iglesia. El ahorro era siempre un valor, con todos sus relevantes anexos y conexiones; no obstante, los primeros se confiaban a la administración de cada uno, en tanto que los otros más bien delegaban en la administración que más garantizara en todos sentidos, la de los entes sólidos y deseados por la jerarquía eclesiástica.

Más tarde los católicos favorecieron la integración del ahorro escolar en los patronatos escolares, sólo que con éstos la cosa terminó por burocratizarse al máximo, excluyendo casi totalmente a los alumnos de participar en la administración de las cajas escolares, de modo que así se perdió su más importante valor pedagógico.

En teoría, es muy conocido que el tiro de gracia a la ideología del ahorro lo dio el famoso viernes negro de octubre de 1929 en Wall Street. En Italia, no obstante, los contragolpes ideológicos no fueron ciertamente rápidos. La ideología es siempre lenta para elaborar valores nuevos, especialmente si se trata de valores educativos y, en particular, lo fue en la Italia de la primera década fascista, aún preponderantemente agrícola y pequeño-burguesa. La alcancía permaneció como un emblema con frecuencia reproducido en el libro de texto de primaria editado por el Régimen, desde el momento en que las virtudes predicadas (aparte los oropeles militares de Mussolini) eran siempre campesinas y la alcancía no fue abandonada, ni siquiera en los textos escolares, sino hasta los más recientes años de la década de los cincuenta. En suma, la alcancía no contrastaba con los desfiles en acción ni con los pequeños fusiles de miniatura que se imponían en los campamentos Balilla, espacios educativos extraescolares para las juventudes fascistas. Por el contrario, la Obra Nacional Balilla, por esos años en una desesperada cacería de fondos para financiar sus actividades en expansión, estableció un acuerdo con la INA, según la cual la ONB⁴ involucraría a los alumnos de las escuelas primarias en un seguro contra los accidentes, con un premio mínimo de dos liras anuales (aumentadas después hasta cinco liras). Para permitir a todos reunir tal suma se distribuyeron alcancias personales entre los alumnos; al mismo tiempo, se trató de lanzar, pero con menos éxito, la tarjeta de ahorro escolar. Para ello, a todos los maestros se les pidió que explicaran a sus alumnos el valor del ahorro, sobre todo en la medida en que habían llegado a convertirse, tan jóvenes, en titulares de un seguro, satisfaciendo así la voluntad del *duce* – Mussolini –, gran propulsor de las actividades asistenciales y de previsión social, como el mejor modo de “ir al encuentro del pueblo” y de sus hijos.

El Día del Ahorro nació en los años treinta y se celebró cada 31 de octubre, hasta principios de los años sesenta, es decir, hasta el momento del *boom* económico, en el cual Italia toma conciencia de que ya era un país neocapitalista, como entonces se decía. El término *consumismo* aún estaba limitado a los artículos de cualquier economista o sociólogo; sin embargo, la realidad evidenciaba otros aspectos: la televisión se imponía, los aparatos electrodomésticos estaban en todas las casas y los tanques de gas habían trastornado los tradicionales métodos de cocción y de calentamiento, inclusive en el campo. Eran señales muy vistosas que llevaron a afirmar que Italia había cambiado más en los últimos diez años del siglo xx

⁴ UNA son las siglas del Istituto Nazionale Assicurazioni; ONB, de la Opera Nazionale Balilla, es decir, de las organizaciones fascistas italianas para la infancia y la adolescencia.

que en todo el siglo anterior. Uno de los frutos –hermosos o feos– de aquel cambio fue, sin duda, la desaparición definitiva de la alcancía. A más de treinta años de distancia, el viernes negro de Wall Street o, mejor aún, la lógica de la sociedad del bienestar hacían sentir sus efectos. Ratificar la validez pedagógica del ahorro en aquellos años habría sido como proponer de nuevo la actualidad de los carros jalados por caballos en tanto que, desde hacía tiempo, los astronautas viajaban en el espacio. Ninguna circular ministerial confirmaría la abolición del Día del Ahorro; éste simplemente se terminó junto con el caballito de madera para mecerse y con la linterna mágica. Ninguna historia de la pedagogía y ni siquiera ninguna historia de la moda registran este pasaje, el tránsito del emblema de la alcancía a los otros tantos emblemas de la *fluent society*; la metamorfosis del ahorro en su opuesto, que es el consumo, el cual, sin lugar a dudas, resultaría muy influyente en los comportamientos de los niños y de los jóvenes, así como en los de los adultos. No se trató de una transformación simple, sino de un verdadero giro de ciento ochenta grados.

Bibliografía

- 94 BRIGGS, Asa, *Social History of England*, Londres, Weiderfeld & Nicholson, 1983.
- HABBAKUK, J.H. y M. Postan (editores), *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. vi: "The Industrial Revolution and After", University Cambridge, 1965.
- HOLMES BECK, Robert, *A Social History of Education*, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1995
- LE GOFF, Jacques (ed.), *La Nouvelle Histoire*, París, Retz & Cepl, 1979.
- MARCHESINI, Giovanni y Luigi Credaro (editores), *Dizionario Illustrato di Pedagogia*, tres vols., Milán, Vallardi, 1939.
- SANTONI RUGIU, Antonio, *Parole di vita veloce*, Verona, Essedue, 1986.
- , *Scenari dell'educazione moderna*, Florencia, La Nuova Italia, 1994.
- , Santoni Rugiu, *Historia social de la educación*, vols. I (1995) y II (1996), trad. de María Esther Aguirre y Raymundo Barrera, Michoacán, Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación "José María Morelos", Cuadernos del IMCED 8 y 17, 1995 y 1996.
- , *Milenios de sociedad educadora. 2. La escuela transita por los senderos de la modernidad*, trad. de María Esther Aguirre y Raymundo Barrera, México, Fundación Educación, Voces y Vuelos, Juegos Escénicos, 3, 2004.